

GRAMÁTICA SALVADOREÑA:

Por Mario Alfredo Cantarero

ENTRE EL DOLOR Y LA ESPERANZA



La realidad salvadoreña es de dolor pero también de esperanza

El presente trabajo es la historia del dolor y la esperanza del pueblo salvadoreño, que lo ha llevado a encontrar su ruta

Nuestros orígenes como pueblo son inciertos, apenas se esconden en pedazos de piedra que muestran unos pocos arqueólogos. Hay variedad de explicaciones, pero en lo que coinciden es en un hecho: a la llegada de los españoles, convivían varios pueblos diferentes entre sí. En el occidente y centro del país, se extendía una zona ocupada por los pipiles, en la zona oriental, tenían dominio los lenca, y de manera dispersa estaban pocomanes y chortíes, jincas y matagalpas.

Asimismo, explican que el grupo más importante era el pipil. Santiago I Barberena nos dice que este pueblo tenía una organización social conformada no por un gobierno feudal, sino por una democracia militar, cuya organización se fundamentaba en el régimen por tribus, con la propiedad co-

mun de la tierra. Según esto, podemos decir que vivían en la plena esperanza de alcanzar el sol naciente. Su dolor era sólo la diarrea que le da al niño, cuando le están saliendo los dientes. Entre su dolor y su esperanza estaba su organización cultural.

Es decir, que su organización social se encontraba determinada por lo religioso, lo que los llevaba a ver con respeto a su prójimo, al animal y a su tierra, sustento de su vida. Y es aquí donde radica lo paradisiaco, lo saludable. En síntesis, lo cultural regía toda su vida: pasado, presente y futuro, los hacía mantener el equilibrio en su totalidad.

A pesar de que no conocemos todos los secretos de nuestros antepasados, los pocos datos que conocemos nos demuestran que su vivencia era fraternal, es decir, la fraternidad a todo nivel. Sin embargo, no pequemos de ignorantes al decir que su sociedad era un cielo, puesto que, así como el

niño cae muchas veces antes de comenzar a andar, el salvadoreño originario caía hasta desangrar. Sus caídas lo iban preparando para caminar un largo camino.

Resumiendo, podemos afirmar que su lengua era la religión, su sintaxis estaba compuesta por un sujeto que era la comunidad, y su predicado, la tierra. Esta sintaxis le habría permitido crecer sano y fuerte, por cuanto adolecía de la división entre pronombres personales.

Pero en junio de 1,524, el capitán Pedro de Alvarado atravesó el territorio de Guatemala e invadió por el norte la región de los pipiles. En Acaxual sostuvo su primera batalla contra este aguerrido pueblo, que con su lengua como estandarte, luchaba por su libertad, amenazada por una lengua extranjera y diferente, de recursos bélicos superiores.

El indio cuscatleco, como ya dijimos, estaba creciendo normalmente, pero

el viento trajo la peste, que vino a enquistarse, trocando así su crecimiento lo convirtió en enfermo vitalicio

Sus defensas le hicieron sentir la esperanza de curarse. Su ansia de vivir saludablemente lo impulsó a herir muchos españoles y a dejar lisiado de por vida al bicho Pedro de Alvarado, echándolo momentáneamente de su tierra. Sin embargo, sus defensas, poco prácticas en las epidemias, se fueron debilitando, hasta quedar completamente enfermo.

Se inicia el dolor constante, endémico, del pueblo salvadoreño.

La estructura indígena de la tenencia de la tierra en común se resquebrajó, con la introducción de la propiedad privada.

El indio quedó solo esclavo, sometido y extorsionado, y sin poder hablar con su gramática. Apenas con su dolor a cuestas, podía ver que la sociedad colonial era una enfermedad carcomida por hondas contradicciones económicas entre el Imperio español y el pueblo, entre los bichos peninsulares y los parásitos criollos. Esta enfermedad se fue agudizando, y carcomió el cuerpo del indio. Este cobijaba la esperanza de volver a ser libre, pero su gramática había sido aplastada, había perdido el significado de la segunda persona del plural, que fue su pedestal. Además, aunque subsistían substratos de su lengua originaria, lo que prevalecía en este momento era la incoherencia entre el sujeto y predicado, por la importancia que tenía la primera persona del singular.

Esto hizo que su dolor fuera creciendo, junto al del negro. Pero, en el eco de su catacumba, se escuchó una voz dominica que decía a lo lejos: "¡Salud para el lindio!" Frase de esperanza, para su dolor de siglos. Este grito sólo fue un analgésico para atenuar un poco su dolama, no podía ser otra cosa, puesto que venía de una garganta extranjera. No podía ser él el sujeto, el enfermo a aliviar. La esperanza quedó en simple eco, que rebotaba en su catacumba.

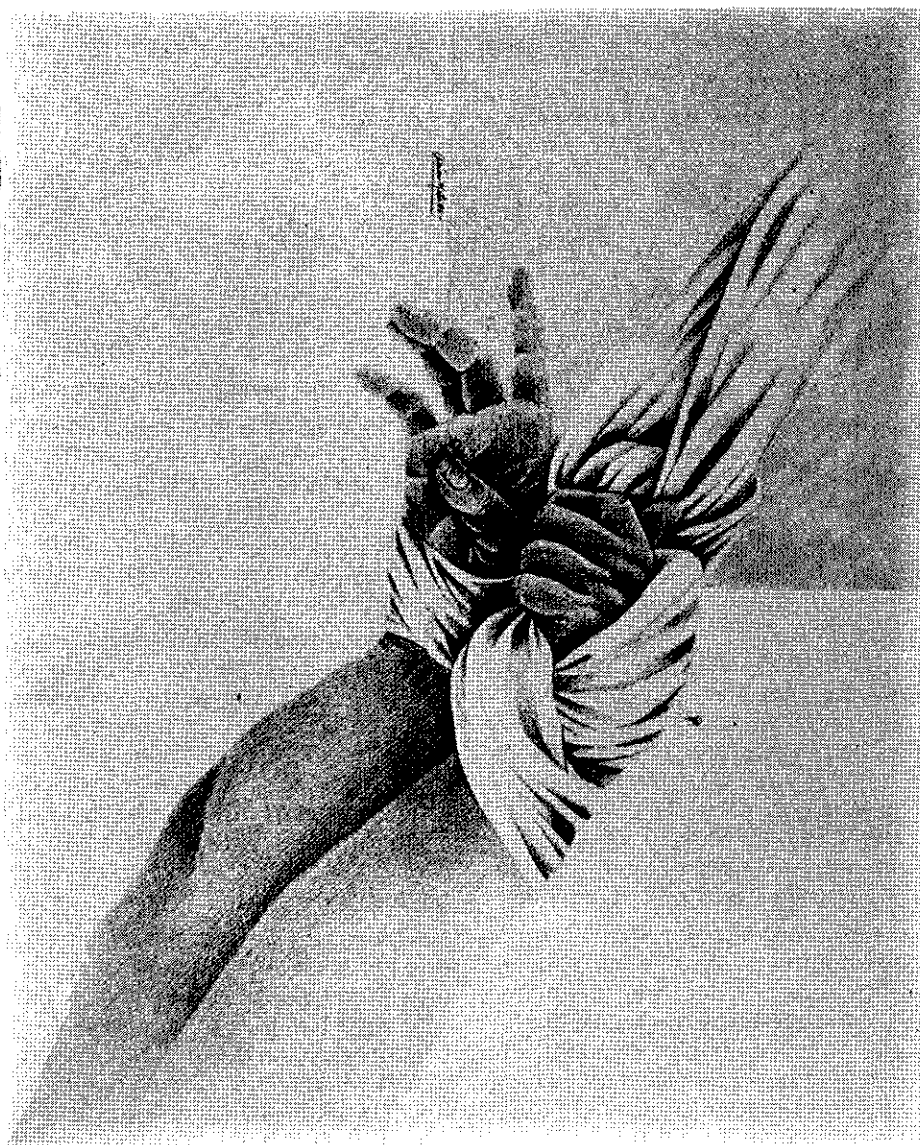
La carcomida sociedad colonial, con el tiempo agudizó su crisis, hasta el resquebrajamiento de sus bases eco-

nómicas, y la situación política en España se encontraba en su mayor descomposición. Es decir, el monopolio español, en el mundo del libre cambio, ya era caduco. Además, los bichos y los parásitos querían abolir los privilegios y las restricciones impuestas a su desarrollo económico. Y en el indio se notaba la esperanza de librarse de la peste. Creyó que otros le darían la medicina.

La obra de los "próceres de la patria", como José Matías Delgado, no estaba dirigida a curar el mal indiano, sino a hacer prevalecer sus intereses de clase. No cabe duda, estos "próceres de la independencia" eran grandes

terratenientes, con miras comerciales e industriales, que necesitaban independizarse de España, para vender libremente sus productos. La esperanza del indio sirvió de pretexto para los fines de los "próceres", a pesar de que aquel ayudó grandemente para conseguirlos. ¡Pobre indio, el precio que pagaste por no poder organizarte a la luz de tu lengua!

La tranquilidad de la independencia duró poco, puesto que pronto surgieron disputas entre liberales y conservadores. Los primeros, con ideas progresistas, que advertían nuevas posibilidades de desarrollo en todos los niveles, mientras que los segundos an-



helaban una vuelta al pasado. Así es que pronto tomaron el camino de la violencia.

Estas luchas que generaron un gran caos, convencían al indio doloroso de que la independencia no había sido para él. Se dio cuenta que la causa de su enfermedad sólo había cambiado de máscara. Él se encontraba solo, metido en el agro y en la mina, no tenía la oportunidad de gritar sus demandas, sus dolores. Su lengua sólo estaba en los perfiles de su rostro, en el color de su tez.

Pero una nueva esperanza entró en escena: los pueblos nonualcos, comandados por Anastasio Aquino, se opusieron al reclutamiento forzoso y al aumento de los impuestos sobre el añil, sustento de su existencia. Su propósito era erradicar su dolor, encontrar su propio predicado: su tierra y su libertad.

Pero de nuevo su esperanza fue truncada, Mariano Prado acabó con ella. Sobre su dolor y su esperanza, matizadas con los tintes de la sangre, se erigió la república. El indio seguía

postrado, sin hablar su lengua. Y es que la primera persona del plural no pudo encontrar su verdadera expresión.

A fines del siglo XIX y a principios del XX, la serpiente moderna pasó a su etapa superior, el imperialismo. E U Inglaterra y otras potencias se lanzan a la conquista de mercados y de bases de penetración para sus capitales. Paulatinamente fue tomado el dominio absoluto del país, pactando con esa oligarquía que había formado la república. Mientras el indio solitario y quejumbroso ya ni siquiera percibía lo que fue su lengua originaria, se había trocado de esclavo a proletario, que viene a ser la misma enfermedad, pero más complicada.

Su profunda enfermedad, su iracundo dolor y su esperanza, lo impulsaron a formar distintas organizaciones gremiales, que venían a ser una manera de reencuentro con su vieja lengua. Pero la causa de su dolor, en 1932, comandada por el teósofo, voz y manos del imperialismo y la oligarquía criolla, arrasó con la esperanza de por lo menos treinta mil almas cam-

pesinas, en el occidente del país. Doce años después, el indio, como protagonista de la realización de su esperanza, derrocó al teósofo. Sin embargo, a pesar de que su esperanza fue grande, su lengua no tenía el temple suficiente, para impedir que la dictadura militar se reinstalara.

En seguida, el indio-obrero vio que las dictaduras se sucedían, mientras que él solo y doloroso, esperaba encontrar la fórmula de su cura. Su nueva lengua, reminiscencia de su pasada sintaxis, todavía no había encontrado la piedra angular de su remedio. Pero ahora ella era el sujeto de su gesta.

En 1979, pudo vislumbrar claramente a su enemigo. Su esperanza se organizó y empezó a luchar en la ciudad, luego en el monte. Sin embargo, la peste ha ido cobrando matices más duros, para quebrar esa esperanza, que cada vez es más fuerte.

Esta lucha va para largo, pero la lengua campesino-obrera lleva su dolor pasado en sus alforjas y su esperanza al frente, como verdad absoluta, que la consolidará en los palacios de la historia. No hay duda.

